

LAS PLAGAS:

LA LANGOSTA, TINIEBLAS

La octava plaga (la langosta) y la novena (las tinieblas) son descritas en el capítulo 10 a medida que la historia llega a su clímax. La décima plaga (la muerte de los primogénitos) constituye el tema de los capítulos 11 al 13.

En este capítulo, Dios instruyó a Moisés para que fuera a Faraón y explicara que Él estaba enviando las plagas y así enseñarle a Israel a conocer al Señor (10.1, 2). Moisés y Aarón comparecieron ante Faraón, exigieron que a Israel se le permitiera salir y anunciaron que Dios enviaría una plaga de langosta sobre Egipto si Faraón se rehusaba. Luego, salieron de la presencia de Faraón (10.3–6).

Ante la insistencia de sus siervos, Faraón trajo de vuelta a Moisés y Aarón, y accedió dejar ir a Israel; sin embargo, preguntó quiénes irían (10.7, 8). Cuando los líderes israelitas dijeron que todos irían—incluyendo a los niños y los rebaños y manadas, Faraón cambió nuevamente de opinión y no dejó salir al pueblo de Dios (10.9–11).

A continuación, por orden del Señor, Moisés extendió su mano y la devastadora plaga de langosta comenzó (10.12–15). ¡Nunca hubo tanta langosta en Egipto! Faraón rápidamente llamó a Moisés y a Aarón. Confesó su pecado y pidió que fuera quitada la plaga (10.16, 17). Moisés oró y la langosta se retiró, sin embargo, el corazón de Faraón se endureció y se negó dejar ir a Israel (10.18–20).

Al parecer, sin previo aviso a los egipcios, Dios envió la novena plaga, tinieblas, sobre toda la tierra. Una densa oscuridad se prolongó durante tres días en Egipto, sin embargo, no afectó a los israelitas (10.21–23). Faraón respondió diciéndole a Moisés que el pueblo podía irse, sin embargo, tendrían que dejar atrás su ganado (10.24). Moisés insistió en que todos tenían que ir, incluso los animales (10.25, 26). El corazón de Faraón se endureció de nuevo y echó fuera a Moisés con palabras intensas, a las que Moisés respondió del mismo modo (10.27–29).

LA LANGOSTA CUBRE LA TIERRA (10.1–20)

‘Jehová dijo a Moisés: Entra a la presencia de Faraón; porque yo he endurecido su corazón, y el corazón de sus siervos, para mostrar entre ellos estas mis señales, ²y para que cuentes a tus hijos y a tus nietos las cosas que yo hice en Egipto, y mis señales que hice entre ellos; para que sepáis que yo soy Jehová.

La octava plaga comenzó con el Señor instruyendo a Moisés para que hablara con Faraón.¹ Al mismo tiempo, Dios indicó que fue Él el que había «endurecido» el corazón de Faraón como también el corazón de sus «siervos», sus asesores más cercanos. Este pasaje (10.1), junto con 9.34, indica que Faraón no estaba solo en su obstinada negativa a obedecer al Señor; sus «siervos», o asesores, compartieron su culpa. Como antes, el endurecimiento del corazón de Faraón por parte de Dios debe interpretarse en el sentido de que Dios permitió y estimuló a Faraón para que siguiera las tendencias rebeldes que había exhibido previamente.

Dios le dijo a Moisés lo que estaba planeando. Al endurecer el corazón de Faraón y hacer Sus «señales», Dios lograría dos resultados.

La primera razón por la cual Dios actuó de esta manera era darles a los israelitas algo para recordar—una historia de redención que contarían a sus hijos y nietos. Esta historia de salvación sería contada en términos de cómo Dios «hizo burla de los egipcios (NASB)» y cómo hizo «señales [...] entre ellos» (vers.^o 2). Tal vez, el significado aquí es «cómo Dios hizo burla de los egipcios *haciendo*

¹ El pasaje no especifica que Moisés había de amenazar a Faraón con otra plaga. En vista de que, de hecho, es lo que hizo Moisés (10.4–6), puede asumirse que Dios le dio esas instrucciones. El escritor omitió la parte de la conversación de Dios con Moisés, tal vez para ayudar a cumplir el objetivo de la narración.

señales entre ellos». Los egipcios —con sus dioses, su rey y su poder— fueron hechos burla con las diez plagas.

El otro resultado que Dios pretendía al endurecer el corazón del rey y hacer señales era que el pueblo de Israel, según dijo Él, «[supiera] que yo soy Jehová». Obviamente, el pueblo de Israel ya sabía el nombre de Dios y sabía que el Dios que estaba realizando estos milagros era Yahvé. Conocer a Dios como «Yahvé» era más que conocer Su nombre. Era saber algo más de lo que sabían antes acerca de Su carácter y Su persona. Este pasaje, por lo tanto, podría arrojar luz sobre 6.3, donde Dios dijo que no se dio a conocer a los patriarcas con el nombre de «Yahvé». Lo probable es que el pasaje del capítulo 6 quiere decir que, a pesar de que sabían Su nombre, no le conocían tan íntimamente como lo harían después de que los hubiere rescatado de la esclavitud.

³Entonces vinieron Moisés y Aarón a Faraón, y le dijeron: Jehová el Dios de los hebreos ha dicho así: ¿Hasta cuándo no querrás humillarte delante de mí? Deja ir a mi pueblo, para que me sirva. ⁴Y si aún rehúas dejarlo ir, he aquí que mañana yo traeré sobre tu territorio la langosta, ⁵la cual cubrirá la faz de la tierra, de modo que no pueda verse la tierra; y ella comerá lo que escapó, lo que os quedó del granizo; comerá asimismo todo árbol que os fructifica en el campo. ⁶Y llenará tus casas, y las casas de todos tus siervos, y las casas de todos los egipcios, cual nunca vieron tus padres ni tus abuelos, desde que ellos fueron sobre la tierra hasta hoy. Y se volvió y salió de delante de Faraón. ⁷Entonces los siervos de Faraón le dijeron: ¿Hasta cuándo será este hombre un lazo para nosotros? Deja ir a estos hombres, para que sirvan a Jehová su Dios. ¿Acaso no sabes todavía que Egipto está ya destruido? ⁸Y Moisés y Aarón volvieron a ser llamados ante Faraón, el cual les dijo: Andad, servid a Jehová vuestro Dios. ¿Quiénes son los que han de ir? ⁹Moisés respondió: Hemos de ir con nuestros niños y con nuestros viejos, con nuestros hijos y con nuestras hijas; con nuestras ovejas y con nuestras vacas hemos de ir; porque es nuestra fiesta solemne para Jehová. ¹⁰Y él les dijo: ¡Así sea Jehová con vosotros! ¿Cómo os voy a dejar ir a vosotros y a vuestros niños? ¡Mirad cómo el mal está delante de vuestro rostro! ¹¹No será así; id ahora vosotros los varones, y servid a Jehová, pues esto es lo que vosotros pedisteis. Y los echaron de la presencia de Faraón.

Una vez más, Moisés y Aarón estaban ante Faraón y nuevamente amenazaron a Egipto con una plaga a menos que Faraón permitiera que el pueblo fuera al desierto a adorar al Señor. Indicaron, como antes, que la negativa de Faraón pasó a convertirse en orgullo, lo contrario a la humildad. Faraón se había negado a humillarse y había desobedecido los

mandamientos del Señor. La humildad ante Dios siempre lleva a obedecer Su voluntad.

La plaga con la que amenazaron fue casi con toda seguridad la peor de las plagas hasta este punto. La langosta trajo hambre a su paso, ya que se comería toda la vegetación. Tanto el pueblo como el ganado perecerían por falta de alimento. No es de extrañar que, cuando Faraón les pidió a Moisés y a Aarón que quitaran la plaga, dijera: «... quite de mí [...] esta plaga mortal» (10.17). Una plaga de langosta significaba la muerte, si no era inmediatamente, sería eventualmente.

La plaga que se avecinaba fue descrita en detalle. Moisés dijo cuándo sucedería: «mañana». Señaló cuánta langosta habría, diciendo: «... cubrirá la faz de la tierra». Dio indicaciones acerca de cómo afectaría la vida en Egipto: Se comería todos los cultivos que quedaron con vida después del granizo y estaría en todas partes, incluso en las casas de todos los egipcios. Por último, predijo la magnitud de la plaga: Sería más grave que cualquier otra plaga de langosta antes o después de esta.

El pasaje en este punto pasa de decir «Moisés y Aarón» (vers.º 3) a usar la segunda persona del singular (presumiblemente Moisés; vers.º 6). El pasaje sugiere que una vez que Moisés hubiere anunciado la plaga, dio la vuelta sin esperar una respuesta y se marchó. Sin embargo, su ida alarmó los corazones de los siervos de Faraón (los asesores), quienes de inmediato dijeron a Faraón: «¿Hasta cuándo será este hombre un lazo para nosotros?» (vers.º 7). Un «lazo» consiste en una trampa para un pájaro o animal. Los hombres de Faraón veían a Moisés como alguien que llevaba a Egipto a una trampa y por lo tanto estaba provocando la destrucción de Egipto. El hecho de que era un «lazo» para ellos quería decir que era peligroso para ellos. Una traducción consigna: «¿Cuánto tiempo ha de ser una amenaza para nosotros?» (NAB) y otra: «¿Cuánto tiempo más vamos a ser engañados por este individuo?» (NBJ).

El reconocimiento del éxito de Moisés en la destrucción de Egipto² constituye un tributo a la realidad y ferocidad de las «señales» hechas por Dios por medio de Moisés. Luego, los siervos le instaron a Faraón, diciendo: «Deja ir a estos hombres». (La palabra hebrea *ish* puede traducirse como «hombres» o «pueblo».)

Faraón escuchó a sus consejeros y llamó de vuelta

² La declaración de los siervos, «... Egipto está ya destruido», es obviamente una exageración o una anticipación de lo que sucedería si Moisés seguía causando estragos en Egipto: «Egipto será completamente destruido».

a Moisés y a Aarón. Estuvo de acuerdo en permitirles a los israelitas salir de la tierra, sin embargo, preguntó quiénes irían. Su pregunta supuso que no estaba dispuesto a dejarlos ir a todos. Moisés y Aarón respondieron que todos irían —jóvenes y viejos, hombres y mujeres, junto con sus rebaños y manadas.

Le dijo a Moisés: «¡Así sea Jehová con vosotros! ¿Cómo os voy a dejar ir a vosotros y a vuestros niños?» (vers.º 10). Su tono tuvo que haber sido sarcástico. Quizás estaba diciendo: «¡Jamás los dejaré ir a todos! Si alguna vez lo consiguen, será su Dios el que lo haga. Nadie más los ayudará». John I. Durham sugirió que Faraón estaba usando un ingenioso juego de palabras. Dado que la palabra «Jehová» se relaciona con la palabra «ser», presentó a Faraón diciendo algo así como «¡Yahvé de hecho estará con ustedes cuando yo acceda a tal petición!».³ La razón de la negativa de Faraón es obvia. Sus sospechas fueron despertadas por la petición de Moisés. Pedir que a todos se les permitiera salir y que a los israelitas se les permitiera llevarse todos sus bienes, sugería que lo que estaban haciendo era más que un viaje de tres días para celebrar una fiesta. Estaban tratando de salir de Egipto para siempre. Este era el «mal» (o la «mala intención») que Faraón creía tenían pensado,⁴ y no pretendía dejar que sucediera.

Faraón ofreció entonces su siguiente condición (la primera, de dos partes, se encuentra en 8.25–29). Dijo que dejaría ir a los hombres, mas no a los niños. A él y a otros en la corte les parecía que estaba ofreciendo algo razonable, ya que por lo general, los hombres eran los únicos que participaban en la adoración en las fiestas religiosas. Puesto que Moisés y Aarón rechazaron los términos de Faraón, no solamente salieron de la corte de Faraón, sino que «los echaron de [su] presencia».

¹²Entonces Jehová dijo a Moisés: Extiende tu mano sobre la tierra de Egipto para traer la langosta, a fin de que suba sobre el país de Egipto, y consuma todo lo que el granizo dejó.

¹³Y extendió Moisés su vara sobre la tierra de Egipto, y Jehová trajo un viento oriental sobre el país todo aquel día y toda aquella noche; y al venir la mañana el viento oriental trajo la langosta. ¹⁴Y subió la langosta sobre toda la tierra de Egipto, y se asentó en todo el país de Egipto en tan gran cantidad como no la hubo antes ni la habrá después; ¹⁵y cubrió la faz de todo el país, y oscureció la tierra; y consumió toda la hierba de la tierra, y todo el fruto de los árboles que

había dejado el granizo; no quedó cosa verde en árboles ni en hierba del campo, en toda la tierra de Egipto. ¹⁶Entonces Faraón se apresuró a llamar a Moisés y a Aarón, y dijo: He pecado contra Jehová vuestro Dios, y contra vosotros. ¹⁷Mas os ruego ahora que perdonéis mi pecado solamente esta vez, y que oréis a Jehová vuestro Dios que quite de mí al menos esta plaga mortal. ¹⁸Y salió Moisés de delante de Faraón, y oró a Jehová. ¹⁹Entonces Jehová trajo un fortísimo viento occidental, y quitó la langosta y la arrojó en el Mar Rojo; ni una langosta quedó en todo el país de Egipto. ²⁰Pero Jehová endureció el corazón de Faraón, y éste no dejó ir a los hijos de Israel.

Después de que Moisés y Aarón dejaron la corte de Faraón, Dios le ordenó a Moisés extender su mano. Con su vara en mano, proporcionó evidencia visual de que la plaga venía de Dios por medio de él —y así comenzó la plaga de langosta. La descripción de la plaga hace hincapié en su cantidad. La langosta vino «en tan gran cantidad»; había más de lo que Egipto había visto y volvería a ver. Se describe también su aparición: El hecho de que «oscureció la tierra» sugiere que hubo tanta langosta que el enjambre en vuelo produjo una gran sombra sobre la tierra. La atención final está en su efecto: Se comieron todas las plantas que quedaron después del granizo.

Para lograr Sus propósitos en este evento, Dios usó fenómenos naturales: una plaga de langosta y un viento oriental. Sin embargo, el hecho de que fue obra de Dios —un evento sobrenatural, un milagro— era evidente porque, 1) fue anunciado, 2) sucedió al darse la orden, cuando Moisés «extendió [...] su vara», y 3) fue la peor plaga de langosta en la historia de Egipto. La reacción de Faraón demostró que los egipcios vieron la plaga como algo más que otro desastre natural que ocurrió cuando tenía que ocurrir.

Convencido por la plaga, Faraón *apresuradamente* llamó a Moisés y a Aarón. Una vez más, como lo había hecho en el caso del granizo (9.27), Faraón confesó su pecado. Dijo: «He pecado contra Jehová vuestro Dios», sin embargo, no confesó al Señor como su Dios. Al parecer, reconoció que el Señor tenía derecho a ordenarle y que él tenía la obligación de obedecer al Señor. Por lo tanto, había pecado al desobedecer al Señor.

También había pecado, según dijo él mismo, «contra vosotros». Puede que haya tomado en consideración su maltrato a Moisés y a Aarón; por ejemplo, en su último encuentro los había expulsado (10.11). Lo más probable es que estaba hablando de su pecado contra el pueblo de Israel. En vista de que estaba reconociendo la soberanía de Dios, al

³ John I. Durham, *Exodus (Éxodo)*, Word Biblical Commentary, vol. 3 (Waco, Tex.: Word Books, 1987), 136.

⁴ H. L. Ellison, *Exodus (Éxodo)*, The Daily Study Bible Series (Philadelphia: Westminster Press, 1982), 57.

menos temporalmente, también tuvo que reconocer que había maltratado al pueblo de Dios (al estar oprimiéndolos). Deshonrar el pueblo de Dios era deshonrar a Dios.

¿Indicaba que se arrepentía Faraón por la confesión que hizo? Si es así, no duró mucho (vea 10.20). Lo probable es que Faraón sea un buen ejemplo de lo que Pablo llamó «la tristeza del mundo [que] produce muerte». La tristeza del mundo es la tristeza provocada por el hecho de que el pecador es descubierto en la falta y castigado. No proporciona ninguna recompensa espiritual, en contraste con la «tristeza que es según Dios», la cual lleva al arrepentimiento, es decir, a un cambio de vida y trae la salvación (2ª Corintios 7.9, 10).

Después de confesar su pecado, Faraón le pidió a Moisés que lo perdonara y orara para que Dios le quitara «esta muerte». La langosta, si continuaba causando estragos en la tierra, traería hambre y muerte a su paso. De hecho, la vista, el sonido y olor de la langosta tuvo que haber puesto imágenes de muerte en la mente de los egipcios.

Moisés⁵ dio su consentimiento a la solicitud de Faraón. Oró al Señor, dándose como resultado que el Señor quitara la langosta de la misma manera como la trajo contra Egipto —un fuerte viento. Esta vez, el viento sopló desde el occidente y la arrojó al Mar Rojo, donde pereció.

Faraón perdió su religión tan rápido como la encontró. Cuando vio que la plaga fue eliminada, endureció su corazón (o Dios endureció su corazón) y volvió a rechazar la petición de Moisés.

TINIEBLAS QUE PODÍAN PALPARSE (10.21–29)

²¹Jehová dijo a Moisés: Extiende tu mano hacia el cielo, para que haya tinieblas sobre la tierra de Egipto, tanto que cualquiera las palpe. ²²Y extendió Moisés su mano hacia el cielo, y hubo densas tinieblas sobre toda la tierra de Egipto, por tres días. ²³Ninguno vio a su prójimo, ni nadie se levantó de su lugar en tres días; mas todos los hijos de Israel tenían luz en sus habitaciones. ²⁴Entonces Faraón hizo llamar a Moisés, y dijo: Id, servid a Jehová; solamente queden vuestras ovejas y vuestras vacas; vayan también vuestros niños con vosotros. ²⁵Y Moisés respondió: Tú también nos darás sacrificios y holocaustos que sacrifiquemos para Jehová nuestro Dios. ²⁶Nuestros ganados irán también con nosotros; no quedará ni una pezuña; porque de ellos hemos de tomar para servir a Jehová nuestro Dios, y no sabemos con qué hemos de servir a Jehová hasta que llegemos allá. ²⁷Pero

⁵ Una vez más, el pasaje cambia su enfoque de «Moisés y Aarón» (vers.º 16) a Moisés (vers.º 18): «Y salió Moisés [...] y oró a Jehová» (énfasis nuestro).

Jehová endureció el corazón de Faraón, y no quiso dejarlos ir. ²⁸Y le dijo Faraón: Retírate de mí; guárdate que no veas más mi rostro, porque en cualquier día que vieres mi rostro, morirás. ²⁹Y Moisés respondió: Bien has dicho; no veré más tu rostro.

La mayoría de los comentaristas consideran que las tinieblas de la novena plaga fueron provocadas por una tormenta de arena. El hecho de que hubo tinieblas «tanto que cualquiera las [palpaba]» parece dar crédito a ese punto de vista, al igual que el efecto de la oscuridad, pues dice: «... ni nadie se levantó de su lugar en tres días» (10.23). La oscuridad provocada por la ausencia de luz solar no mantiene a las personas en sus casas, pero sí una terrible tormenta de arena. Una tormenta de arena o polvo podría ser tan terrible que produciría tinieblas y evitaría que las personas vieran. Por ejemplo, en un relato realizado en primera persona acerca de las tormentas de polvo durante la década de 1930 en la franja noroeste de Oklahoma, Lillian Roper escribió sobre una experiencia en Goodwell, Oklahoma:

Una hermosa tarde de domingo, un 5 de abril de 1935, Dave H., nuestro hermoso bebé David de seis meses de edad y yo, íbamos a casa de visitar a un amigo. Estábamos a unas tres cuerdas de casa cuando notamos en el horizonte una nube amenazante, augurando nada bueno, turbulenta, enfurecida y de un color rojinegro. La nube venía hacia nosotros a una velocidad increíble.

Me asusté y empecé a caminar muy rápido, pero Dave H., que llevaba a David, mantuvo la calma. Yo corría adelante y luego regresaba otra vez. Corriendo hacia delante y luego retrocediendo llegué hasta la puerta de la casa y comencé a bajar las escaleras de nuestro apartamento.

De repente, la nube nos cubrió. Estaba tan oscuro que no se podía ver la mano delante de uno. El único otro lugar donde he visto tal oscuridad fue en las Cavernas de Carlsbad. Dave H. encendió las luces. Apenas podíamos ver para bajar las escaleras de nuestro apartamento...

La oscuridad duró de dos a tres horas. Los autos tuvieron que detenerse donde estaban y esperar que la oscuridad se disipara. Cuando la oscuridad comenzó a desaparecer, quedó un oscuro de un tinte rojizo. Podíamos movernos solamente si éramos cuidadosos.

El hijo de catorce años de edad, de los dueños de la casa-apartamento, estaba a más de sesenta metros de distancia de la casa cuando la tormenta de polvo arreció. Se arrastró y trató de encontrar su camino a casa. Cuando por fin pudo ver dónde estaba, se encontró con que estaba a más de ciento ochenta metros más allá de su casa.⁶

⁶ Lillian Roper, relato personal, s. f. Se menciona un incidente similar ocurrido en 1930 en Abilene, Texas, en James Burton Coffman, *Commentary on Exodus, the Second*

Podríamos objetar: «Si la oscuridad era solamente una tormenta de arena, entonces ¿cómo pudo haberse reconocido como un acto de Dios, es decir, como un milagro?». Habría sido reconocida como obra de Dios por tres razones: 1) el momento *preciso* de la tormenta (sucedió cuando Moisés «extendió [...] su mano»), 2) su *intensidad* (hubo tinieblas «tanto que cualquiera las [palpaba]», eran «densas tinieblas» que duraron «tres días»), y 3) su *selectividad* (no afectó a los israelitas).⁷ Otras explicaciones son posibles. La oscuridad pudo haber sido provocada por «una sobreabundancia de los vapores acuosos que flotan en la atmósfera»,⁸ o simplemente pudo haber sido una «oscuridad sobrenatural [...] sin explicación natural».⁹

Book of Moses (Comentario sobre Éxodo, el Segundo libro de Moisés) (Abilene, Tex.: ACU Press, 1985), 127–28.

⁷ Vea el estudio especial sobre «Las plagas» en la edición «Éxodo, núm. 3» de La Verdad para Hoy.

⁸ Adam Clarke, *The Holy Bible with a Commentary and Critical Notes (La Santa Biblia con comentario y apuntes analíticos)*, vol. 1, *Genesis—Deuteronomy (Génesis—Deuteronomio)* (Cincinnati: Hitchcock & Walden, s. f.), 341.

⁹ Ronald E. Clements, *Exodus (Éxodo)*, The Cambridge Bible Commentary (Cambridge: University Press, 1972), 63.

Faraón sabía que esta plaga, también, provenía de Dios, fuera que Moisés se presentara o no ante él para anunciarla. Por lo tanto, mandó llamar a Moisés y ofreció dejar ir al pueblo, incluidos sus hijos, con la única limitación de que tenían que dejar atrás su ganado. Tal vez, el rey pensó que si los israelitas dejaban atrás sus posesiones, sin duda volverían. Este fue el siguiente intento de Faraón para hacer que Moisés aceptara alguna condición (vea 8.25–29; 9.8–11).

Moisés se mostró inflexible; todos irían y llevarían consigo todos sus rebaños y manadas. Dijo: «no quedará ni una pezuña» (vers.º 26). Le dijo a Faraón que, hasta que llegaran al desierto, no sabrían qué sacrificios requeriría el Señor de ellos. Por lo tanto, necesitaban tener todos sus animales con ellos.

Una vez más, «Jehová endureció el corazón de Faraón» y este no quiso dejar que Israel saliera. ¡Enojado, le ordenó a Moisés salir de su presencia, diciendo que le daría muerte si lo volvía a ver! Moisés respondió que de hecho Faraón no volvería a ver su rostro.

PREDICACIÓN DE ÉXODO

«NO QUEDARÁ NI UNA PEZUÑA (10.26)»

Si Satanás no puede hacerlo rechazar las afirmaciones de Cristo completamente, tratará de que usted llegue a acuerdos con el Señor. Tres o cuatro veces en la narración de las plagas, Faraón trató de que Moisés llegara a acuerdos para con lo que Dios le había instruido que hiciera. Dijo que le permitiría a Israel partir si no iban muy lejos, o si se dejaban atrás sus familias o posesiones.

«ID, PERO NO MUY LEJOS»

Después de la plaga que trajo enjambres de moscas, Faraón dijo: «Andad, ofreced sacrificio a vuestro Dios en la tierra» (8.25). Moisés insistió en que los israelitas tenían que ir tres días al desierto (8.27). Faraón respondió: «Yo os dejaré ir [...] con tal que no vayáis más lejos» (8.28). Sin embargo, Faraón endureció su corazón (8.32). De manera similar, hoy Satanás dice: «sé parte de la iglesia,

pero no te vayas demasiado lejos del mundo, no te involucres demasiado con la iglesia».

«ID, PERO DEJA A TUS HIJOS»

Después del granizo, Faraón accedió dejar ir al pueblo (9.27, 28), sin embargo, luego endureció su corazón (9.34, 35). Antes de la siguiente plaga, estuvo de acuerdo en dejar ir al pueblo, sin embargo, preguntó quiénes irían. Moisés respondió: «Hemos de ir con nuestros niños y con nuestros viejos, con nuestros hijos y con nuestras hijas; con nuestras ovejas y con nuestras vacas hemos de ir; porque es nuestra fiesta solemne para Jehová» (10.9). Faraón entonces se negó a dejarlos ir, diciendo que jamás permitiría que los hijos fueran con sus padres (10.10). Satanás todavía dice: «Si realmente deseas hacerte cristiano, hazlo, pero deja a tus hijos. No tiene sentido tratar de influir en ellos para que sean seguidores de Cristo».

«ID, PERO DEJA TUS POSESIONES»

Luego, llegó la plaga de las tinieblas. Faraón respondió: «Id, servid a Jehová; solamente queden vuestras ovejas y vuestras vacas; vayan también vuestros niños con vosotros» (10.24). Moisés respondió que los israelitas necesitaban los animales para el sacrificio (10.25) y luego dijo: «Nuestros ganados irán también con nosotros; *no quedará ni una pezuña*; porque de ellos hemos de tomar para servir a Jehová nuestro Dios, y no sabemos con qué hemos de servir a Jehová hasta que lleguemos allá» (10.26; énfasis nuestro). El Señor una vez más endureció el corazón de Faraón (10.27). Si Satanás no logra mantenerlo alejado del Señor, tratará de convencerlo de no utilizar sus bienes para la causa de Dios.

La respuesta adecuada a todas las tentaciones de Satanás a pactar acuerdos es «no quedará ni una pezuña». ¡No habrá acuerdos! Así como los grandes atletas no se dan por vencido ni los grandes soldados se rinden, ¡los grandes cristianos jamás se comprometen a pactar ni a negociar con el enemigo!

CONCLUSIÓN

Si no nos damos por vencidos, al final tendremos la victoria. Finalmente, después de la muerte de los primogénitos, Faraón se dio por vencido, diciendo: «Salid de en medio de mi pueblo vosotros y los hijos de Israel, e id, servid a Jehová, como habéis dicho. Tomad también vuestras ovejas y vuestras vacas, como habéis dicho, e idos...» (12.31, 32). También nosotros, si perseveramos, sin llegar a arreglos, podemos

ganarle a Satanás.¹

«¿QUIÉNES VAN?» (10.9–11)

La respuesta de Moisés a la pregunta de Faraón, «¿Quiénes son los que han de ir?», fue «¡Todos!». Nosotros, también, vamos rumbo «a la Tierra Prometida». ¿A quién debemos llevar con nosotros? ¡A todo el mundo! Debemos esforzarnos verdaderamente para traer a toda clase de personas a la iglesia y alentarlas a que sean felices y se mantengan ocupados en la iglesia. No dejemos por fuera a los jóvenes (nuestros hijos e hijas), ni a los mayores (nuestros adultos mayores), ni a los hombres, ni a las mujeres, ni a nadie que podamos convencer a unirse a nosotros en el camino a Sión. «Que no quede atrás ni un solo niño» se traduce un lema reciente en pro de la educación en los Estados Unidos. «Que no quede ni un alma atrás» sería un buen lema para la iglesia.

CÓMO DECÍRSELO A SUS HIJOS (10.2)

La religión de Israel tenía como fundamento, en gran medida, el hogar. Sus hijos fueron «educados en casa» en su fe. Su liberación había de ser ensayada delante de sus hijos en la fiesta de la Pascua al igual que en otras ocasiones (vea Deuteronomio 6.6, 7). ¿No deberíamos ensayar también nuestra liberación delante de nuestros hijos? ¿Cuántas veces les decimos a nuestros hijos en casa lo que el Señor ha hecho por nosotros?

¹ La idea para este sermón se tomó prestada de Claude Guild, quien sirvió como misionero en Brisbane, Australia, en la década de 1970.

Autor: Coy Roper
©Copyright 2012, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados